llo con la division que puso á su mando el gobierno, provista de artillería, el parque, municiones y pertrechos de guerra correspondientes. Tanto el General Castillo, como los Jefes y oficiales de su division, estaban ofendidos, por lo que decian los periódicos con frases las mas denigrantes en contra del Ejército, que habia servido al General D. Antonio López de Santa Anna.

La noche del 12 de Enero se sublevaron á favor de los pronunciados, cien hombres en la fortaleza de San Juan de Ulúa, acaudillados por un capataz de la prision, de apellido Salcedo, y redujeron á prision al Comandante de dicha fortaleza y á otros oficiales, confiando en que la guarnicion de la Plaza de Veracruz los secundaría; lo cual no hizo debido á las providencias que tomó el Gobernador y Comandante general Ignacio la Llave, cuyas disposiciones dieron por resultado, que el dia 21 del mismo mes, se hiciera en la misma fortaleza la contra revolucion, y se pusieran en prision al cabecilla, y á sus cómplices.

AÑO DE 1856.

TOMA DE LA CIUDAD DE PUEBLA POR LOS PRONUNCIADOS DE ZACAPOAZTLA Ó BATALLA DE OCOTLAN.

El 17 de Enero de 1856 se presentaron las fuerzas disidentes frente á Puebla, é intimaron rendicion á la pequeña guarnicion que tenia, y no accedió, sino que se defendió con denuedo hasta el dia 22, en que acosada por todas partes, se vió precisada á capitular y salió de la ciudad con todos los honores de la guerra, yéndose á situar en San Martin Tesmelucan á recibir órdenes del gobierno.

D. Antonio Haro y Tamariz, que los pronunciados lo habian nombrado su General en Jefe, entró á la Ciudad al siguiente dia á la cabeza de las fuerzas disidentes, y desde luego comenzó á desempeñar sus funciones.

El gobierno tan luego como tuvo aviso de

la toma de la Ciudad de Puebla por los pronunciados, ordenó que se cogiera de leva á toda persona del bajo pueblo que se encontrara por cualquiera parte, y se arrancaran de sus faenas á los pobres que habitaban en las poblaciones inmediatas á la capital. Con esa gente infeliz se formaron varios cuerpos de guardia nacional, que unidos á los del ejército que habia en la capital y los que se les hizo venir violentamente de algunos Estados se formó un Ejército de diez y seis mil hombres, que estando provisto de todo lo necesario para la campaña, se puso á la cabeza de él D. Ignacio Comonfort Presidente de la República; el dia 29 de Febrero salió de la Capital con direccion á Puebla, y el 1° de Marzo situó su cuartel general en Tesmelucan, que abandonó la vanguardia de los disidentes, y se colocaron las tropas del gobierno en las llanuras del mismo punto, siete leguas distante de Puebla, y pasados siete dias que se ocuparon en reconocer el terreno y disponer todo lo necesario, se ordenó que el ejército emprendiera la marcha sobre dicha ciudad; tambien los disidentes se estuvieron preparando para atacar á sus contrarios. El ejército del gobierno se componia de tres Divisiones de infantería; mandadas por los Generales Anastasio Parrodi, Felix Zuloaga y

Tomás Moreno; una de Caballería á las órdenes del General Nicolás de la Portilla, y una columna móvil de la misma arma, mandada por el General Luis Ghilardi. A la una de la tarde hizo alto el ejército tres leguas distante de Puebla, y se acampó formando una línea de batalla: la 1ª Division apoyando la derecha de la loma llamada *Puerto de Montero*, la Brigada de D. Manuel Doblado ocupaba el centro de la altura donde está el pueblito de San Francisco Ocotlan, y el General Zuloaga la izquierda en el planicio de la Hacienda de San Isidro. En la de Santa Inés la columna móvil del General Ghilardi, y la Brigada del General Moreno en el pueblo de San Miguel Xostla, que se eligió para cuartel general, se situó la caballería al mando del General Morlet. Toda la noche se pasó sin alteracion alguna; y al rayar la luz del dia 8 todo el ejército estaba dispuesto para continuar la marcha hácia la Ciudad de Puebla; ya se preparaba á emprender el movimiento, cuando las fuerzas disidentes se presentaron divididas en cinco columnas apoyadas por su caballería.

Eran las siete y media de la mañana. Las tropas del Gobierno al avistar á sus contrarios se prepararon á recibirlos. De las cinco columnas en que se presentaron los disiden-

tes, dos avanzaron con rapidéz y á paso de carga sobre la derecha que ocupaba la Division Parrodi, apoyadas por la caballería al mando del Coronel Gil Guillen, mientras las otras tres al Coronel Osollo, y al Teniente Coronel de Ingenieros Aljovin, atacaron el centro en union de otra fuerza de Caballería mandada por el Coronel Antonio Bastos. A las siete y tres cuartos la artillería del Gobierno anunció la batalla, y la de los disidentes contestó inmediatamente; poco tiempo despues se empeñó la mas terrible lucha, cuyas escenas fueron bastante sensibles: las columnas de los disidentes atacaron con ímpetu indiscreptible el Puerto de Montero donde se hallaba la Brigada del General Miguel María Echeagaray: á la derecha el Pueblito de Ocotlan, sobre el frente de San Martin carron con el mismo arrojo sobre el centro. El combate se hizo terrible y sangriento, luchando con igual valor los Gefes, oficiales y soldados de una y otra parte. Las columnas de los pronunciados se adelantaron con admirable serenidad hasta llegar á sesenta pasos de la línea de sus contrarios, arrojándose intrépidamente sobre sus cañones, los que contestaron con fuego nutrido, lo mismo la infantería, que abrieron grandes claros en las columnas de los disidentes. Destrozada la

fuerza que atacaba la posicion defendida por el General Echeagaray, se retiró á tiro de fusil para rehacerse, suspendiendo en tanto por aquel lado el combate. El ataque por aquel punto fué impetuoso, y costó á los asaltantes sensibles pérdidas; sin embargo, volvieron á acometer con tal ímpetu, que lograron introducir el desórden en algunos cuerpos de la guardia nacional que se dispersaron por la llanura de la izquierda, logrando con esto los disidentes hacerse dueños del cerro, de cuatro piezas de artillería, y hacer prisionero al Batallon Ligero de Guanajuato: el de Rifleros de la guardia nacional se desbandó en su mayor parte sin poderlo contener.

Sin embargo de que los pronunciados se hicieron dueños del cerro de Ocotlán despues de una terrible resistencia, fueron rechazados en la posicion de la derecha sufriendo gran destrozo su caballería; y viendo regado el campo de muchísimos muertos y heridos, entre ellos los valientes, General José Diaz de la Vega, Coronel Macario Prieto, Teniente Coronel Manuel Aljovin y otros Gefes y Oficiales; consideraron que les era dificil alcanzar el triunfo sobre un ejército numerosísimo, se propusieron ganar tiempo, para lo cual dieron el toque de *alto el fuego*, que secundaron las tropas del gobierno.

Suspendidas las hostilidades, se acercó, á las filas disidentes el General Florencio Villarreal y oyó unos vivas al Presidente de la República; pero advirtió un movimiento de retirada de una parte de la caballería enemiga, y violentamente ocurrió á la reserva del ejército para que la evitara y la obligara á rendirse; dando estaba las órdenes respectivas, cuando recibió del Gefe de la rebelion Antonio Haro y Tamariz, un mensaje solicitando una entrevista, á lo cual accedió inmediatamente el General Villarreal, porque concibió la esperanza de que llegaria el término de tantas desgracias. Despues de haber conferenciado largo tiempo las dos personas mencionadas, y manifestado Haro y Tamariz que anhelaba hablar con el Presidente Comonfort, se retiraron cada uno á su campo, y Villarreal comunicó al segundo los deseos de Haro y Tamariz, á lo cual acedió Comonfort sin vacilar, y á la hora convenida se reunieron en el mismo lugar en que habia conferenciado el General Villarreal. Nadie supo lo que hablaron los dos personajes mas que el Presidente concedió á Haro y Tamariz, un armisticio de dos horas garantizando la vida á éste y á todos los gefes y oficiales, como así mismo á la tropa, en caso de que en ese tiempo se pusieran á disposicion del go-

bierno. Haro y Tamariz manifestó que no podia resolver, y que por lo mismo, pedia se le concediese una hora mas, para poder celebrar con los suyos una junta de guerra, á lo cual accedió Comonfort. Durante este intervalo y la anterior conferencia, los disidentes se llevaron del cerro de Ocotlán el Batallon Ligero de Guanajuato que hicieron prisionero y las cuatro piezas de artillería, que habian caido en su poder.

Mirando el Presidente que el tiempo fijado para la contestacion habia pasado, mandó al General Langberg por la contestacion, y pidiendo que restituyesen las cuatro piezas de artillería que se habian llevado, así como el Batallon Ligero de Guanajuato. El mismo Comonfort llegó al campo enemigo solicitando la respuesta categórica de lo que habia determinado; pero observando que se trataba de entretenerlo y advirtiendo algunos movimientos que indicaban una retirada secreta, se volvió, y mientras los disidentes levantaron su campo y se retiraron á la ciudad de Puebla. El Presidente Comonfort dictó algunas órdenes para que se les persiguiera; pero fué ya imposible alcanzarlos.

El Presidente avanzó la misma tarde del dia de la batalla sobre Puebla, á cuyas inmediaciones acampó en las primeras horas de

la noche. Encerrados los disidentes en la Ciudad y cercados con mas de diez y seis mil hombres contra los que quedaron de los tres mil quinientos que se presentaron al combate, á los diez y seis mil que el gobierno sacó de México con mas los que se le agregaron despues de puntos foráneos, no podian esperarse mas que nuevas y terribles desgracias. Con efecto, sin tropas para acudir á todas partes por donde eran amagados; y sin embargo, al ir en defensa de un punto que veian seriamente atacado, se encontraban conque habia sido un intento de asalto, para apoderarse de otro punto que no les era posible sostener á los sitiados. Así cayeron en poder de los sitiadores la puerta llamada de Cholula y otros lugares. El dia 11 abandonaron los rebeldes los fuertes de Loreto y Guadalupe y se reconcentraron en la Ciudad.

Queriendo el Presidente evitar á los pacíficos habitantes los estragos de la artillería, hizo que se enviase una comunicacion al General Pánfilo Galindo, creyéndolo Gefe de la Plaza, en la que se le dijera, que hiciera saber á los vecinos inermes, que se iba á romper el fuego, y que podian salir de la Ciudad antes de que empezara la lucha: invitaba á los rebeldes á que reconocieran al

gobierno. La respuesta fué que obrara Comonfort como quisiera, que los defensores de la Plaza estaban resueltos á sucumbir antes de faltar lo mas mínimo á los compromisos que les imponia el honor. Con motivo de esta respuesta mandó el Presidente, se rompieran los fuegos sobre los sitiados, y los cañones comenzaron á arrojar sus proyectiles. Cuatro horas duró aquella lluvia de balas de cañon y de bombas causando terribles estragos en los edificios y en los pronunciados. El sitio comenzó á estrecharse mas y mas desde aquel dia, se cortó el agua á los sitiados y se prohibió que entraran víveres á la Ciudad. Las tropas del gobierno, avanzaban y levantaban fortificaciones para encerrar en el círculo de trincheras, bayonetas y cañones, el perímetro en que se defendian los sublevados. Diarios eran los combates y la sangre de los contendientes regaba copiosamente las calles de la Ciudad. El dia once atacaron los sitiadores con ímpetu soberbio el Convento del Carmen defendido por ciento veinticinco hombres. La lucha fué terrible y no pudiendo vencer los soldados del gobierno sufriendo grandes pérdidas, tuvieron que retirarse; sin embargo no desistieron de su empresa, volvieron á atacar varias veces sin tomar el punto; pero lograron interponer una

gruesa fuerza entre el Cármen y los demas lugares ocupados por los pronunciados con lo que quedaron completamente aislados; pero sus correligionarios fueron en su auxilio y lucharon reñidamente con la fuerza interpuesta y otra que les salió al encuentro: por fin, despues de un combate encarnizado tuvieron que retirarse los del auxilio, quedando sus compañeros sin esperanza de socorro y mas estrechamente cercados. Pronto se vieron sin víveres, sin agua y con muchos heridos: pero nada de esto los pudo acobardar y siguieron defendiéndose con extremado heroismo. Los sitiadores continuaron sus ataques y una granada de las muchas que cayeron en el edificio produjo en él un incendio, que los defensores no pudieron ocuparse en apagarlo, sino que sin embargo de ese acontecimiento que en nada los acobardó, salieron del Convento y trataron de romper la línea enemiga empeñando un terrible combate, que fué inutil, porque la fortuna no les fué favorable, y volvieron á encerrarse con sus heridos en el mismo Convento, que seguia ardiendo por diferentes puntos. Así, amenazados por las llamas permanecieron algunas horas mas, hasta que convencidos de que toda resistencia era inútil, mandaron comisionado á un oficial para que manifestara

al Presidente Comonfort que estaban dispuestos á rendirse, lo cual verificaron; á pesar de esto, los demas disidentes que ocupaban el centro de la ciudad siguieron combatiendo con el mismo valor y entusiasmo que el primer dia, y fueron atacados en el Convento de la Concordia, donde lucharon é hicieron una resistencia admirable; pues los hombres, dentro y fuera del edificio, se encontraban uno á otro y peleaban con bayoneta cuerpo á cuerpo, hasta quedar muerto uno ú otro, ó los dos á un tiempo, y sin embargo vencieron los sitiadores, y de allí pasaron al Convento de santa Inés donde tambien hicieron los pronunciados una defensa heróica; pero sin embargo fueron vencidos. A consecuencia de estas pérdidas mandaron los pronunciados al Coronel Manuel Diaz de la Vega con una comunicacion de Haro y Tamariz para el Presidente, quien no quiso recibirla por ser de Haro. Al dia siguiente se presentó el General José Vicente Miñon con un oficio en que lo autorizaban los Gefes principales de la revolucion para que hiciera presente al Presidente, las razones que tenian para no celebrar convenio alguno, sinó era por medio del hombre que se hallaba al frente de la revolucion El Presidente por toda contestacion dijo: que estaba resuelto á no tratar con el

Señor Haro, y el General Miñon volvió al campo de los sitiados, sin haber alcanzado el deseo de los Generales Severo del Castillo y Francisco Güitian, que fueron los que firmaron la comunicacion.

En vista de la resistencia del Presidente dirigió Haro á los Generales Castillo y Güitian una carta en la cual decía: que, siendo él obstáculo para que se llevara adelante cualquier convenio, dejaba desde luego en el momento el mando y se retiraba enteramente de la política; por esta manifestacion procedieron los pronunciados á nombrar quién debia reasumir el mando, y resultó nombrado el General Cárlos Oronos, quien tomó inmediatamente la providencia de enviar una comunicacion al Presidente, haciéndole saber, que habia nombrado ya sus comisionados para arreglar el parlamento.

Era poco mas del medio dia, cuando los comisionados de una y otra parte se reunieron en el punto señalado por el Presidente. Los comisionados del General Oronos hicieron las proposiciones siguientes: La guarnicion de Puebla se pone á disposicion del gobierno; saldrá de la plaza con todos los honores de la guerra; se situará en los puntos que el gobierno disponga; á los Generales, Gefes y Oficiales se les garantizan los empleos que

tienen; ninguna de las personas que se han mezclado en el movimiento revolucionario serán molestadas; el gobierno reconoce todos los contratos que para los gastos de la guerra han celebrado los Gefes de la revolucion; el Señor Presidente de la República, luego que se ratifique este convenio proveerá al órden y seguridad de la ciudad; los heridos de la guarnicion serán llevados á los hospitales y se les asistirá debidamente.

Rechazadas como fueron las proposiciones de los enviados por el General Oronos, el Presidente se concretó á conceder una capitulacion, sobre que las tropas rebeldes se pusieran á disposicion del gobierno, y que los Generales, Gefes y oficiales marcharian á los puntos que el gobierno señalase, en los cuales permanecerian entre tanto se resolvia la manera con que debian quedar en el ejército.

Terribles fueron á los disidentes aquellas condiciones; pero la posicion en que se encontraban era angustiosa y las aceptaron firmándose la capitulacion el 22 de Marzo.

Así terminó aquella sangrienta lucha, en que los disidentes vieron sucumbir á la flor de sus Generales, Gefes, Oficiales y soldados.

El 25 de Marzo dió un decreto el Presidente Comonfort, que en sus dos primeros

articulos decia: los Generales, Gefes y Oficiales que existian en la Plaza de Puebla el 21 del corriente, quedarán en el ejército de soldados rasos y serán destinados á los cuerpos de infantería y caballería que oportunamente designará el Supremo Gobierno. El segundo articulo decia: servirán en ellos por tres años los Generales y Gefes, por dos los subalternos, por uno los que justifiquen haberse distinguido en la guerra de la independencia, ó en alguna de las que la República haya sostenido con naciones extranjeras.

Mas de trescientos individuos entre Generales, Gefes y Oficiales, fueron conducidos en calidad de soldados rasos, á Izúcar Matamoros, á las órdenes del Sr. General Pavon.

El dia 8 de Abril, el Sr. Antonio Haro y Tamariz, los Generales Luis G. Osollo, Leonardo Márquez y otros oficiales de la vencida revolucion, lograron burlar la vijilancia de las autoridades de Puebla, que procuraban aprehenderlos, y disfrazados llegaron á Veracruz, consiguiendo refugiarse inmediatamente á bordo de la fragata francesa *Penelope*, que se alejó del Puerto el 27 del mismo mes de Abril.

El Teniente Coronel de ingenieros Manuel Aljovin que fué herido gravemente, como se sabe, en la batalla de Ocotlán, y conducido á

Puebla, lo estuvieron asistiendo así como á otros oficiales, varias Señoras de las principales familias de aquella ciudad, entre ellas la hermosa Doña Guadalupe Prieto de Arrioja; y habiendo oido Aljovin que repicaban, preguntó cual era la causa, y se le contestó; que era por la entrada triunfal del Presidente Comonfort, y entonces se expresó diciendo: *de nada ha servido el derramamiento de mi sangre y el de la de mis amados compañeros*: en seguida se quitó el vendaje, la curacion, se desangró y murió.

ENTRA Á CHALCHICOMULA CON SU FUERZA EL PRONUNCIADO JUAN CALDERON.

Cuando se creia que se habia restablecido la paz con la terminacion de la campaña de Puebla, se presentaron el 25 de Setiembre de 1856, algunos hombres armados en Chalchicomula, al frente de ellos D. Juan Calderon; entraron á la poblacion sin obstáculo alguno, se hicieron dueños del cuartel y de la torre, y se pronunciaron contra el gobierno al grito de *Viva la religion y muera Comonfort.* Tanbien otra fuerza capitaneada por el